

Kleiser y la Costa Encantada

por Sebastián Salazar Bondy

25

EN el alma de los europeos, el paisaje de nuestro continente, lo que podría llamarse el cosmos americano, produce un doble efecto: Primero, les quiebra, para decirlo rotundamente, la concepción de la naturaleza domeñana que poseen y los pone, desasidos de su espacio y de su historia propios, ante un mundo recién nacido o inmaduro, como decían los tratadistas del siglo XVIII; luego, los obliga a recobrar esa facultad mágica perdida que, en los primitivos, suele operar como develadora de realidades trascendentes. A la confusión, sigue el establecimiento de un orden nuevo, la creación propiamente dicha. Estos hechos, en un artista o en un intelectual, tienen resultados particulares, tan particulares que en los casos concretos de Keyserling y Saint-Exupéry, para citar dos ejemplos solamente, ellos se manifestaron en la radical mudanza de las ideas que ambos escritores tenían del hombre y del universo. "Meditaciones sudamericanas" del filósofo de la sabiduría y "Tierra de hombres" del escritor francés, son testimonios ardientes de la modificación esencial de sus conceptos a que dió lugar el contacto con América.

Casualmente, sin que el pintor lo propusiera, en la penumbra vespertina de su desordenado taller, he visto, ya concretamente expreso y cabal, ese mismo efecto en la última obra de Enrique Kleiser. Quizá sea necesario decir que este artista, en quien se unen curiosamente una poco común libertad personal y un amor zahorí, comprensivo y vibrante hacia lo permanente de nuestro país — el hombre, su contorno físico y las manifestaciones de su espíritu—, viene trabajando desde hace muchos años en los temas que la costa peruana le proporciona. Así, ha ido extrayendo, con dificultades que bien pudieron haber inclinado a algunos a considerarlos defectos innatos, los elementos plásticos de forma y color de esa parte de nuestro mundo, tan poco atrayente para la mayoría de nuestros artistas. Árida zona lunar, espectral vacío de arenas, desértico cementerio de luces y reflejos, la costa peruana mantenía un secreto que habría de comunicar al primer interrogante hondo y sincero que se le planteara. Ese interrogante tenía que contener, por cierto, un cúmulo efectivo de nociones técnicas, consolidadas firmemente en el artista, más también requería una pureza de visión ingenua y penetrante a un tiempo. Se trataba de sorprender lentamente, como deshojando sin prisa un fruto foliado, el enigma, para revelarlo en seguida esplendorosamente.

Hasta su última exposición de hace apenas un mes, Kleiser había visto ese paisaje sólo como un concertado conjunto de entonaciones vivas, pero se comprobaba ante sus cuadros que tocaba, al fin, un límite de cuya fractura procedería la eclosión pictórica verdadera. Aún el dibujo era una trama (una armoniosa red, en verdad) que le impedía el paso hacia los objetos mismos. Estaba detenido ante aquel sólido obstáculo de su mano, y se advertía que el conflicto residía en una vacilación, en un huir del dibujo y volver desesperadamente a él. El propio Kleiser lo confiesa: "Después de la exposición —explica— me di cuenta de que necesitaba ir al fondo de las cosas".

Ir al fondo de las cosas era precisamente recuperar la fecundidad mágica, animar aquello que ya había fijado, detenido, aprehendido. Por eso su último cuadro —que el pintor titula "Anunciación", nombre coincidente con el descubrimiento que promete— tiene como característica formal el hecho de usar el color como instrumento para obtener la profundidad y poseerla. En "Anunciación" desaparece lo esquemático que tanto se le reprochaba, esa ecuación tan eficaz como superficial del di-

bujo superpuesto a la pintura, y da lugar a un complejo sistema de sugerencias. Un cuadro siempre es un tenaz hervor de ideas poéticas, de suscitaciones y resonancias. Convertirlo en algo frío e inmóvil es negarlo. Si la pintura, como la poesía y la música, la novela y el teatro, es crisol del mito, su objetivo ha de ser necesariamente vital. El fondo de las cosas, para Kleiser, significaba las cosas mismas que veía, reconocía y no lograba darles esa vida sucesiva y perdurable.

EL óleo titulado "Anunciación" representa una playa en cuyo centro se destacan dos figuras femeninas, al lado de las cuales una barca mira melancólicamente a una isla que mar y cielo rodean o envuelven. Rojos, azules y verdes, en rica graduación, cuajados de matices y calidades, se alternan dominantes. Las dos figuras, una muy concreta y real, otra muy poética y angelical, de cuyas manos vuela una graciosa ave azul, son el núcleo de este cuadro que es, ante todo, un paisaje. De los claros y los oscuros, de su coexistencia, brota la singular transparencia de la tela, transparencia que es uno de sus aciertos técnicos más notables.

Pero no es a esta clase de méritos a los que me quiero referir. Me impresiona, en primer lugar, que un mundo tan poco pintoresco, tan brutal e inerte, como es el de nuestra costa haya llegado hasta un europeo con tal poder, y que ese europeo haya respondido a dicha excitación con una lealtad y una fe excepcionales. El paisaje andino conmueve a nacionales y extranjeros por igual, lo mismo que el paisaje selvático, porque en él es donde está la fuerza desatada de la naturaleza, la grandeza abismal de nuestro continente. La costa no se alza de sí, no golpea con rudeza, e invita, quizá debido a su ondulante configuración apacible o al aparente tedio de sus formas infinitas, a una actitud indiferente, sencillamente quieta. No obstante, en la costa nacieron y se desarrollaron las culturas primitivas de arte más sutil y ascendido. En la obra de Kleiser, que entra ahora en su etapa más afirmativa, reaparece, bajo un lenguaje distinto, algo de la riqueza imaginativa de los artesanos pre-hispánicos. El contorno meramente físico se anima con presencias prodigiosas, con maravillas celestes, con extraños y, a la vez, naturales símbolos que habrá que desentrañar más adelante.

Kleiser, afortunadamente, no tiene teorías sobre esto. El proceso que se ha llevado a cabo en él, ha sido interno y está historiado en su obra. Sin previas elucubraciones —que en otros, a la postre, resultan algo así como los alegatos de una demagogia artística— y sin pretensiones generalizadoras, ha ido desde el impacto primero, tan trastornador como desconcertante, roto el vínculo con el mundo a que pertenecía, hasta este ordenamiento de imágenes míticas que es su pintura de hoy. Al llegar al país, posiblemente vió que el hombre no había incorporado totalmente a su ser el medio en que vivía. A su estructura europea (ideas, principios conocimientos, vivencias, maneras, etc.) sumó todo aquello que del exterior procedía. Y la elaboración de esa cósmica contribución, hecho íntimo no siempre consciente, fué como la devolución, en creaciones cada vez más estrictas, de lo recibido.

Como en el caso de otros europeos, Kleiser comenzó a dar consistencia al paisaje inmaduro de la costa, cuya inmadurez era simplemente soledad. Es el hombre el que hace el paisaje, bien lo sabemos, y es él también quien, por medio del arte, lo define, califica, ordena y mantiene. En una tierra sin hombres, no hay poesía, no hay vida, no hay tierra. La costa peruana ha sido encantada por un pintor y es necesario, porque es justo, proclamarlo jubilosamente.